

El cabrero
(de La Santa)

JOSÉ JAVIER VILLARREAL

*Aunque pase la noche y vuelva el día,
triste amanece, si anochece triste.*

Miguel de Barrios

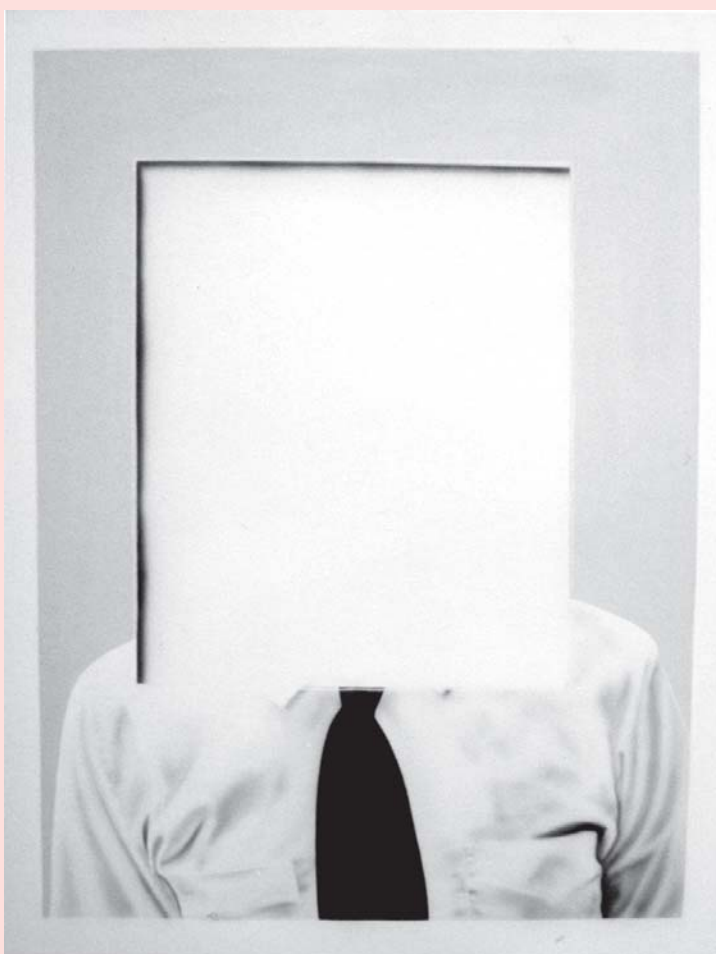
I

Hampones.
Hidrocálidos matices. Arboladas fuentes
donde los sátiros
a olerte se han mentido
en infelice drama; donde tus huellas
la serpentina cama a otros brazos se ha rendido.

Caliza, de atesoradas y bien pulidas perlas, preguntaba
sin obtener respuesta, con el dardo,
con la sota en los pendientes del alma,
en esa hornacina de plurales brazos como grabado obsceno,
requinto nulo con la flora cabizbaja cuando a tormentos se
aplica.

Así lo iba diciendo, con angustia de grabar mensaje tras mensaje,
cubriendo con su frío ese lecho de piedra
en la medida exacta de su entrepierna, en la parte blanda
por las avariciosas
ramas de un jardín de no avanzar lo suficiente,
no inmolar fantasmas que reinan bajo mi cama y aguardan
lo blanco de tu cuerpo para caer de golpe, rodear la casa,
salir por escondrijos, resquicios, el borde,
por las hendiduras de las llorosas puertas.

De ti en este mar que viene
con su alambrito de plata
en esta soledad, diríase el radiante césped
que no me atrevo a pisar
en este oleaje donde las cabras,
desde lo alto, comen su hierba, y mi cuarto se desploma
frente a la isla de Cedros.



II

A caricias mentidas, a presiones donde el santo entierra su
reliquia,
subraya el margen de su fe, el esperanto de sus sueños,
el equívoco que se alza en llamas
y en ardientes infiernos va cayendo sobre tu vientre
como flor que reclina sus pistilos,
la corola donde apareces inaugurando la toma, la aprehensión,
la silla que se mece
en las neblinosas construcciones donde las bestias se congregan,
donde los sicarios afinan
el dolido peso de la afrenta, el lodazal donde los niños guardan
su tiempo, su detenido tiempo por los bordes de la muchacha,
la que cruza la calle y acrecienta el suspiro,
el mapa de tus angustias, los dedos del que dormita su tristeza;
del que se acuesta solo para levantarse solo.